

## LA OTRA SIRENITA

Hola: Soy la Sirenita. Sí claro, y yo Papa Noel, dirás tú. Pues no sé como tendrás de gorda la barriga, pero yo tengo una cola de pez preciosa entre verde y azul, bajo un torso de muchacha humana, rematado con una cabeza bien amueblada, la cual reluce entre cabellos color coral. Y sí: tengo abuela. Se llama Coquina. Luego te hablaré de ella.

Soy la sexta hija de la Reina de los Mares. Los nombres de mis hermanas mayores son por orden: Perla, Concha, Coral, Alga y Arrecife. Mi madre dice que eligió para mí el de Marina, debido a que quería resumir todo su amor al mundo que nos acogía. Sabía a ciencia cierta que yo iba a ser su última hija. Con seis criaturas a las que proporcionarle una buena educación y un arrecife con futuro es más que suficiente para una madre por muy reina que sea. Así pues mi nombre y yo somos una especie de punto y final.

Pero pasemos a lo que nos ocupa. Sé de buena tinta de calamar, que conocéis las historias de famosas sirenas que dicen trataron de embaucar a ciertos humanos con su canto. De esas, incluso hubo alguna, la más famosa, que dio su vida por el amor de un guapo príncipe... Lo siento, no es mi caso, yo soy *la otra sirenita*, la de la cabeza bien amueblada ¿te acuerdas? Tercer renglón. Y es gracias a mi sensatez que estoy aquí para contarte mi particular historia. O sea, que he sobrevivido a mi propia leyenda para escribir mis memorias sin ilustres intermediarios que cuenten la película según les venga bien. Aquí la Sirenita soy yo, y yo seré quien te hable de mí; que el dominar seis idiomas, incluidos *el gaviotil*, *el ballenato* y *el pirata*, ha de servirme para algo. Vamos digo yo.

Así que sin más rodeos paso a contaros lo que me pasó no hace tanto. De manera muy resumida claro, que tengo sólo cinco folios. Presta atención que no repito.

Todo empieza un día antes de mi cumpleaños, mi penúltimo cumpleaños. Vámonos a él:

Mi madre y mis hermanas quieren hacerme una fiesta sorpresa para la cual han contratado a los mismos peces payaso de siempre. Verás que fuerte, Marina, o sea, me decía la pija de mi hermana Coral, no te vas a creer la sorpresa que te espera, corrobora la que va para espía en mi casa, mi hermana Perla. Y la orquesta viene nada más y nada menos que de las fosas Mari.... dice otra de mis consanguíneas embargada por la

incontinencia festivalera. Silencio, remata Alga. Que se va a dar cuenta que nos hemos comprado collares nuevos para su fiesta. Arrecife, para acabar de arreglarlo, me dice con risita nerviosa ¿Por qué no te vas a dar una vuelta por la pradera de poseidoneas, guapa? YA. Es que no quepo en mí de gozo, esperando que llegue el día de mi cumpleaños pensando en disfrutar de una fiesta hecha a la medida de: ELLAS. No me esperéis levantadas chicas, me digo a mí misma mientras nado hacia la superficie, disfrutad de mi fiesta *sorpresa* que yo voy a conseguir mi propio regalo: conocer LA PLAYA.

Hay mil carteles a mi pasó que advierten: está usted cerca del peligro, PELIGRO NO SIGA AVANZANDO. DESPRENDIMIENTOS HUMANOS. Nada puede detenerme cuando he tomado una decisión. He dicho que hoy conozco la tierra y voy a por ello. No obstante mi corazón palpita como una patata frita, recordándome si no debo hacer caso a la Ley del mar y dejar de acercarme al límite de lo razonable: dos mil colas de delfín hasta la superficie. Pero es que desde que tengo uso de razón, esa luz que viene de arriba me atrae irremediamente. Quiero saber qué hay de cierto en todas las leyendas que mi abuela Coquina cuenta en las noches de marejada a fuerte marejada, cuando nos asusta a las seis hermanas con *historias de hombres*. La verdad es que debía haberla creído, pues la realidad, en este caso, supera a la ficción.

Saco la cabeza y antes de darme cuenta, una corriente sin agua me ha secado las escamas y el pelo. Cuando por fin me decido a dar otro paso más y sentarme sobre unas rocas, pienso entre tiritones que me estoy quedando helada. También influirán los nervios, todo es tan diferente. Compruebo que la luz que llega hasta mi casa, proviene de una bola tremenda que cuelga de lo que más tarde he sabido que es el cielo. Pero no me quiero entreteneros describiendo un paisaje que conocéis mejor que yo. Tan sólo imaginad como sería si vosotros llegaseis por ejemplo, a la luna. A pesar de mi miedo sigo sobre las rocas de aquella playa hasta que reparo en lo que debe ser un humano, que a su vez no me quita ojo. Cuando se siente descubierto, intenta escapar resbalando en su huida y cayendo al mar. Yo me quedo paralizada. No sale..... No sale.....No sale.....Vamos que no sale.....Esto se pone feo. ¡A ver si es que no puede respirar dentro del agua! Me lanzo a buscarlo encontrándolo a la deriva, hundiéndose tras una estela roja. Resumiendo: lo salvo, lo curo, lo espabilo y... comenzamos a charlar. Resulta que uno de los seis idiomas que aprendí y al que consideraba una lengua muerta, era justo la que ulitiza aquel hombre: *el pirata*. Alucinante ¿No? Luego me aclaró que él lo llamaba inglés. Total, que no hacemos amigos.

A partir de aquella tarde nos veíamos casi a diario en las rocas. Era un ser humano que se movía maravillosamente. Tenía un don especial para la música y el baile el cual yo ignoraba poseyeran los humanos. Inventamos un montón de canciones *molonas* las cuales él acompañaba con unos pasos rítmicos magistrales. Sin darme apenas cuenta empecé a admirarlo o incluso a quererlo, deseando al tiempo poseer unas piernas tan ágiles como las suyas. Y él, intuyendo mi deseo, una tarde me dijo: Oye Marina, ¿que tal si te vienes conmigo a cantar y bailar por el mundo? Podríamos hacer un dúo genial y ganar mucha pasta. Pero lo de la cola de pez, claro, eso es un inconveniente. Da la casualidad que yo conozco a un cirujano plástico que podría operarte y así implantarte dos piernas larguísimas en lugar de tu cola de pez. Seríamos los reyes del mundo, Marina. ¿Te vienes conmigo? ¿Es que acaso no eres feliz cuando estamos juntos? Me dijo con ojos de brótola mientras se frotaba las aletas, digo las manos, quizá pensando en esa *pasta* de la que me había hablado y que es tan importantes en vuestro mundo. Ay, pues no sé. Tu oferta me coge de sorpresa, Maycol (así se llamaba el muchacho). La verdad es que me encantaría tener dos piernas y baliar de esa manera. Pero dejar el mar para siempre, tener que llevar puestas esas algas a las que tú llamas ropas, incluidos esos caracoles negros que llevas en los pies sobre esos calamares, ¡bueno sí, calcetines blancos!... Pues eso, que cambiar tanto mi estilo de vida, no me hace mucha ilusión. Pero tienes que decírmelo pronto. Me voy pasado mañana de esta playa. Vale, me lo pienso y mañana te digo.

Total que yo, que iba de moderna, por un lado estaba entusiasmada con la idea de ser la primera sirena que triunfara en los escenarios del mundo terrestre. Aquello me tiraba la verdad, pero, por otro, tener que someterme a una operación tan arriesgada para después vivir todo el día seca como la mojama... la verdad, me tiraba para atrás. Así, inmersa en mis cavilaciones, me sumergí aquella tarde sin darme cuenta hasta la cueva de mi abuela Coquina. A todo esto, mi familia no sabía nada de mi doble vida, de lo contrario mi madre me hubiese corrido con el tridente. Y me pilló la hora tonta y se lo conté todo a mi abuela.

Pero Marina, ¡para que te ha dado Neptuno a ti esa cabeza! ¿Para colgarme conchas de moda? Pues va a ser que no, contestó mi abuela muy seria. Tú lo que necesitas es visitar la Cueva de la Verdad. Sí hija, está justo debajo del acantilado que dices has estado frecuentando todos estos días. Es una cueva digamos *mágica* a la que sólo se debe ir una vez en la vida: la vez que cada cual necesite encontrar *su verdad*. Busca la cueva, y cuando estés dentro analiza con detenimiento cada uno de sus

rincones. Sí eres capaz de encontrar tu sonrisa entre las rocas, es que habrás encontrado la respuesta. ¿Cuándo encuentre mis sonrisa entre las rocas? ¿Puedes ser un poco más explícita abuela? ¿No puedes decirme que demonios hay allí dentro y ahorrarme el viaje? Vengo de allí ahora mismo y se que el viaje es largo. ¡Niña, no seas vaga y empieza a mover la cola! Fue lo último que me dijo mi abuela antes de tirarme un coral que me acertó de lleno en la cabeza.

Pues allí que me fui más mareada que un atún, y sin tener idea de qué buscaba exactamente. Tan sólo sabía que mi abuela no hablaba por hablar. Si ella me mandaba a la Cueva de la Verdad era porque allí estaba la respuesta que yo tanto ansiaba encontrar a mi pregunta. ¿Debo dejar de ser sirena para convertirme en humana siguiendo a Maycol por la tierra?

Nadaba y nadaba sin descanso mientras seguía pensando. ¿Y quién es Maycol al fin y al cabo? No lo conozco de nada. Sé que es un chaval muy agradable, pero no sé como se comportará conmigo una vez me convierta en una chica de una pieza. ¿Y si me abandona? Yo no conozco las costumbres humanas. ¿Y si sale mal la operación y dejo de ser una sirena sana y ágil para convertirme en un ser tullido? Porque tampoco dos piernas son garantía de que vaya adaptarme a *la vida seca*. ¡Demonio de cueva! ¿Dónde estará? Pero sigue nadando Marina, ya debe andar cerca. La abuela me dijo que la reconocería por una luz fulgurante que sale de su interior.

Y cuando estaba a punto de tirar la toalla, vi una luz al fondo del acantilado, casi en la línea que divide los dos mundos. Penetré en ella con mucho sigilo y miedo, pero la necesidad de encontrar lo que buscaba me llevaba por la cola y....¡Que maravilla! Aquel pequeño recodo rocoso del mar estaba lleno de una luz blanca nada cegadora. Y lo más espectacular y que en modo alguno esperaba, es que estuviese habitada. En el centro de la cueva me esperaba una espectacular sirena, la cual lucía un brillante pelo como nunca viera. Quizá era debido a que detrás de ella colgaba una hermosa lámpara de luz redonda, responsable de *la magia*. Le hice mi pregunta: Sirena de la cueva, dime si debo de irme a vivir a la tierra. Tú que vives en la frontera del agua, debes conocer a los humanos.¿He de dejar mi mundo y marcharme con ese joven? No me contestaba. Me acerque aún más. Sirenita guapa, dime qué debo hacer. ¿Seré feliz si me pongo dos piernas? Pero aquella sirena me miraba con cara de angustia. En mi desesperación, grite más alto y me acerque tanto a su cara que choque con ella. La toque con las dos manos y ella extendió a su vez las suyas hacia mí. No había nadie. De aquellas rocas colgaba una superficie lisa y plateada que devolvía la verdad de quien se asomaba a él.

Lo llaman espejo. Dijo mi abuela a mis espaldas dándome un susto de muerte. Esa eres tú Marina. Dime ¿Qué ves?

Por primera vez tuve la oportunidad de observar mi rostro y mi cuerpo con detenimiento. Me detuve en todos los detalles, gracias a la luz de la luna que se reflejaba tras de mí, mientras reconocía en aquella estampa la nariz de mi padre, el pelo de mi madre, los ojos de mis hermanas... y por último el mar que me había visto nacer.

Veo, conteste al fin, al único ser que habita en mi cuerpo. Me veo a mi misma.

Muy buena respuesta Marina. ¿Y deseas de verdad dejar de ser tú para saltar a un mundo completamente diferente al tuyo, sin más a apoyo que el de un ser humano al que ni siquiera conoces y por tanto tampoco puedes afirmar que amas? Y te diré más. ¿En el caso de que lo amaras, sería eso suficiente para dejar de ser tú?

No, abuela Coquina. Realmente no deseo de dejar mi mundo, ni mi vida, ni a mi familia. Tampoco quiero perder mi cola de pez. Yo soy sirena y es aquí donde debo encontrar la felicidad.

Aquí no. Dijo mi abuela dibujando un aro con el dedo entre su cara y la mía. Aquí, dijo otra vez tocando mi cabeza con su índice. La felicidad debe salir de una misma, no basarla en nadie ni en nada, sino en tu amor por la vida y en tus ganas de hacer cosas beneficiosas para ti y para los que te rodean. Cuando descubras eso, tendrás el tesoro que escondió en esta cueva un pirata justo debajo de esta extraña superficie, concluyó mi abuela guiñándome un ojo.

Mire a mi sabia Coquina. Después al espejo. Y hallé en él mi sonrisa. Tenía la respuesta.

Nunca volví a la superficie. Supongo que Maycol se quedó esperándome en las rocas alguna tarde más. O no, porque me contaron unas gaviotas cotillas algún tiempo después, que el nombre completo de aquel chico era: Maycol Yacson, un poderoso cantante, bailarín y además Rey del Pop. Un Rey tenía que ser, dijo mi abuela acordándose de *la otra sirenita*. Siendo tan poderoso, seguro que será muy feliz, pensé. Aquel descubrimiento realmente me tranquilizó, pues a pesar de todo, sentía haberle dejado plantado sin más explicación.

Ah, y lo mejor es que he adaptado sus bailes y mis canciones, dándoles un toque acuático. Todas las sirenas andan como locas esperando que abra mi propia academia de ritmo. Ya tengo un arrecife próspero, dice mi madre.

